

Compre usted mañana  
el número 30 de la popular  
publicación semanal de  
BIOGRAFIAS DE ARTIS-  
TAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA  
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de  
el gran actor francés

RENÉ NAVARRE

Numerosos datos y fotografías  
Regalo de una lujosa postal

— Precio popular: 35 céntimos —  
De venta en todas partes

E. VERDAQUER MORERA. — TOPETE, 16. — TARRAS.

PROPAGANDA  
LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

N.º 199

25 cts.



MISTERIOS  
DEL CORAZÓN

por MARJORIE DAW,  
CLIVE BROOK, etc.

de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración / Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 199

---

## Misterios del corazón

Comedia sentimental, interpretada  
por los siguientes artistas:

*Andrea de Vigne.* . . . . . Juliette Compton  
*Juana Taylor.* . . . . . Marjorie Daw  
*Jorge Gauthier.* . . . . . Clive Brook  
*Pedro Brandon.* . . . . . Warwick Ward  
etc.

Exclusiva de MARAVILLA FILM  
Paseo S. Juan, 33 BARCELONA



[ Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
MARY ASTOR



# Misterios del corazón

## Argumento de la película

### I

Sobre las arenas del desierto, esa amplia planicie en la que todo es silencio y misterio, una misión de ingenieros franceses hacía el trazado del ferrocarril que había de unir, virtualmente, aquellas colonias africanas con la metrópoli.

La nostalgia de una vida tan monótona, alejada de todo bullicio, había acarreado una neurastenia peligrosa al joven ingeniero Pedro Brandon.

Sus compañeros andaban preocupados ante los caracteres agudos de la tristeza del joven.

Una tarde en que, ni con el alcohol, al que ape-laba desesperado, Pedro lograba calmar su excitación, uno de los compañeros le preguntó:

—¿Qué le sucede? ¿Por qué está usted siempre de tan mal humor?

—¡La vida me pesa!... ¡Siempre el mismo horizonte, igual perspectiva!... ¡Arena... Camellos... Nubes negras!...—exclamó con abrumadora tristeza, señalando el vasto panorama desmantelado.

—Un consejo, amigo Brandon. Váyase de aquí. Vuelva a Francia. ¡Va en ello su vida!—observó el compañero.

Y algunos días después, Pedro Brandon regre-

saba a París, Villa Luminosa, moderna Babilonia de la alegría, del amor y del placer.

Su primera visita fué para Enrique Renault, hombre de negocios, solterón empedernido, sorbido por el ambiente frívolo de la encantadora vida parisina.

Poco madrugador, el amigo Pedro tuvo que esperar en su despacho.

—Nunca viene antes de las doce. El señor Renault, es un trasnochador incorregible—declaró su viejo secretario.

Poco después, Enrique irrumpía en el despacho con los ojos aun abotargados por el sueño, y los dos amigos se abrazaban.

—Perdona que te haya hecho esperar, pero me he acostado con sol, es decir, cuando Febo había asomado por el horizonte... No vayas a creer que al decir sol me refiero a alguna beldad—subrayó festivo Enrique, en tanto su secretario le presentaba la correspondencia.

Pedro sonrió, viendo como su amigo, entre el fajo de sobres, iba apartando con indiferencia, aquellos que trascendían a negocios, y se guardaba los perfumados, escritos con trazos diminutos y nerviosos de mano femenina.

—Permítame usted que llame su atención acerca de un asunto urgente, que lleva esperando más de un mes...

Enrique interrumpió a su secretario con ademán de fastidio:

—Mañana, mañana...

El empleado suspiró, encogiéndose de hombros. Su principal no tenía remedio.

Llamaron al teléfono, Enrique cogió el aparato, y al oír la voz de Andrea, le hizo un guiño malicioso a Pedro.



Andrea Vigne era una mujer exquisita. Desprendiase de ella una elegancia refinada, todo artificio. Poseía el secreto pueril y a la vez tentador, de las mujeres criadas en un medio en que la civilización había puesto la sonrisa amable de todas sus decadencias. Atacada de la pasión de vivir, rodeada del mayor lujo, sólo creía en la opulencia de su amigo, Jorge Gauthier, aunque no por ello dejaba de flirtear con los demás.

—Esta noche vamos a Montmartre—le decía a Enrique por teléfono—. ¿Vendrá usted con nosotros?

—Yendo usted yo no puedo faltar.

—Lleve a su amigo Pedro Brandon, a ver si entre todos le curamos de esa neurastenia que ha traído de Africa.

Y al despedirse, con graciosa ligereza, le envió un beso *telefónico* a Enrique.

—¿Quién es?—demandó Pedro al ver el rostro regocijado de su amigo.

—La amiga de Jorge Gauthier, el empresario, una mujer deliciosa. Estoy esperando a que Jorge se canse de ella. Me ha llamado para decirme que esta noche van a Montmartre y me ha pedido que te lleve. ¡Ya ves si tienes suerte!

Los dos amigos abandonaron el despacho, dispuestos a recibir la caricia del sol en la terraza de algún café de los bulevares.

Por la noche, en Montmartre, reuniéronse a la puerta de un *cabaret* con Andrea Vigne, que iba acompañada de su protector, joven millonario y empresario de varios teatros y *music-halls*.

La elegante parisíen sentía de vez en cuando, por contraste de la molición en que vivía, el agraz espectáculo de los bajos fondos.

Entraron en un *cabaret* de Montmartre, lugar

sórdido donde sólo se rendía culto a todo lo que no fuesen las buenas formas sociales.

La gente maleante que concurría al establecimiento, no se asombraba por estas visitas del mundo "chic". Sabía que una malsana curiosidad les llevaba a respirar la enrarecida atmósfera de aquellos antros. Y así, al ver como se aposentaba en torno de una mesa aquel grupo de elegantes, no paró mientes en ellos.

A Pedro Brandon le llamó la atención una jovencita que bailaba en el tablado.

—Fíjate en esa muchacha—le dijo a su amigo Enrique—. Tiene un aire de inocencia y de bondad que no es frecuente entre las artistas de estos locales.

De pronto un tipo repulsivo, de mirar siniestro, levantóse de una mesa y se acercó a la muchacha:

—Me gustas, ¿lo entiendes?—le dijo sujetándola por un brazo.

La joven, amedrentada, se desprendió del matón y corrió a ocultarse en el hediondo cuarto que hacía las veces de "camerino".

La mirada de los concurrentes se fijó sólo por un instante en la escena que acababa de provocar el apache.

Pedro se levantó indignado, dispuesto a defender a la muchacha.

Gauthier le detuvo.

—¡No hay que tomar las cosas tan a pecho, amigo Brandon! Entre esta gente no tiene eso la menor importancia.

Pedro, asqueado por aquella escena, se despidió de sus amigos y prefirió dar un paseo por las calles.

La muchacha era Juana Taylor, una joven y her-



mosa artista inglesa, que tras recorrer un amargo calvario para ganarse la vida honradamente, tuvo que aceptar un contrato en aquel *cabaret* para no morir de hambre.

El dueño del *cabaret* creyó oportuno despedir a la joven, pues no convenía a sus intereses, y, sin importarle sus lágrimas, le dijo brutalmente:

—Si las bromas de mis parroquianos te molestan, lo mejor que puedes hacer es tomar la puerta ahora mismo.

Juana abatió la cabeza y salió del antro. Una muda desesperación iba adueñándose de ella. Sentíase impotente para enfrentarse de nuevo con las crudezas de la vida. Iba sin rumbo, pegada a la balaustrada del Sena. La corriente tranquila del río parecía que la invitase a acabar de una vez. Resolvió morir.

Y cuando ya iba a lanzarse al agua, oyó la voz de un hombre.

—¡Señorita! ¿qué hace usted?

Volvió la cabeza hacia donde había partido la voz, y vió a Pedro Brandon.

El joven acertaba a pasar por allí y le había llamado la atención el paso incierto y desfallecido de Juana. Y con el vago presentimiento de que iba a suicidarse no la perdía de vista. Al advertir la maniobra, le gritó, mientras corría hacia ella.

La joven huyó atemorizada. Fué una persecución tenaz por encrucijadas y callejas retorcidas de aquel suburbio. Sin aliento ya, pudo ganar la puerta de su humilde buhardilla, hasta donde la siguió Pedro.

—¡Caballero! ¿Por qué me persigue usted de esta manera? ¿Cómo se ha atrevido a llegar hasta aquí?—interrogó, suplicante, y con el espanto retratado en el rostro.

Pedro descubrióse, y ante su correcta actitud la joven pareció tranquilizarse.

—¿Pero qué iba usted a hacer, señorita?—le dijo en dulce reproche.

Juana ocultó el rostro entre sus manos y prorumpió en sollozos.

Pedro advirtió sobre la mesa un recibo:



—¡Caballero! ¿Por qué me persigue usted de esta manera?

Cuenta de la señorita Juana Taylor  
 Pensión de la semana que termina hoy. 50 francos  
 Atraso de tres semanas ..... 150 "  
 Total ..... 200 "

A pagar dentro de las 24 horas.

El ingeniero, dándose cuenta de la penuria de la



joven, extrajo de su bolsillo una tarjeta y escribió:

*Le ruego acepte este pequeño préstamo de un amigo sincero.*

Y adjunto dejó unos billetes. Luego, con suave tacto, no queriendo zaherir el orgullo de la muchacha, lo puso todo sobre la mesa.

—;Perdóneme! Ha sido la Providencia la que me ha puesto en su camino para impedir que cometa usted una locura. Prométame que no ha de insistir en su propósito y que ha de ser fuerte en lo sucesivo para luchar con la adversidad.

Y haciendo una inclinación de cabeza, abandonó el domicilio de la joven.

\* \* \*

A los pocos días Juana y Pedro eran excelentes amigos, y juntos daban paseos por los jardines y alrededor de París.

Juana se lamentaba de que en vano luchaba para encontrar trabajo.

—He hecho los imposibles para triunfar, pero no he encontrado a nadie que se interese por mí.

—Tal vez yo pueda ayudarla. Precisamente, soy amigo del empresario más importante de París. Mañana iremos a verle al Pabellón de Armenonville, y si no le encontramos, le buscaremos pasado mañana en las carreras de Auteuil, a las que no falta nunca.

—;Gracias, pero es imposible que yo pueda actuar en ninguno de los locales de su amigo! ;No tengo ropa! ;Me he quedado sin nada!

—No se preocupe por eso. ¡Todo se arreglará!  
—le dijo él en tono animoso.

Y en efecto, a la mañana siguiente, cuando Juana, a solas en su habitación, pensaba que era demasiado desgraciada para que se convirtieran en realidades las esperanzas que le había hecho concebir Pedro Brandon, vió entrar a la obesa portera dando gritos de júbilo:

—;Ponga usted cara alegre, señorita Taylor! ;Todo no han de ser cosas desagradables!—le dijo mientras le entregaba una caja cuidadosamente envuelta.

La natural curiosidad de la portera quedó saciada cuando vió que de la caja extrajo Juana un sencillo y elegante vestido de calle, junto con una carta, que decía así:

*Señorita Taylor:*

*Mi respetable y bien querida amigueta: Si me considera usted como un amigo verdadero, hágame el favor de aceptar, sin vacilaciones, el adjunto presente, harto modesto para lo que usted merece.*

*Hasta la tarde en que tendrá el gusto de verle su atento S. S.*

*Pedro Brandon.*

Ante la conducta en extremo delicada de Pedro, la joven dejó asomar a sus labios una dulce sonrisa.

La portera quiso también celebrarlo con un comentario, y dijo insinuante:

—;Por lo visto es muy rico ese protector que le ha salido a usted! ;Que sea enhorabuena!

—Es un buen amigo y nada más, señora—repuso la joven, ofendida.

—;No, no crea usted que pienso mal porque le he dicho eso!—se apresuró a rectificar la buena mujer.

Y agregó:

—;Y después de todo, no tendría nada de par-



ticular en los tiempos que corremos!... ¡Ojalá que alguna de mis seis hijas encontrara un amigo así... tan desinteresado!

Pero Juana apenas si la escuchaba, abstraída en mil sensaciones distintas en las que prevalecía la gratitud hacia su generoso protector.

Horas después, como prometía en la carta, presentábase Pedro. Juana le esperaba ataviada con el vestido. Pedro la contempló por unos instantes. ¡Estaba encantadora su amiguita! Parecíale que aquella expresión suave, la serenidad confiada de sus pupilas, de una fijeza contemplativa, armonizaban y realzaban ahora su belleza, y sobre todo aquella expresión añorada de su rostro.

Poco después, se dirigían a El Pabellón de Armenonville del Bosque de Bolonia.

El París alegre y elegante se daba cita allí a esas horas. No podían faltar Andrea de Vigne y Enrique Renault, su constante adorador.

Pedro los distinguió y acercóse a ellos.

—¿Habéis visto a Jorge?—interrogó, después de hacer la presentación de su amiguita.

—No; le aguardamos—repuso Andrea.

Jorge no se hizo de esperar. Venía con su inseparable amigo, el escritor Pablo Perret, autor de varias revistas que hacían las delicias del público parisino. Se saludaron. La belleza de Juana no pasó inadvertida.

—Esta es la joven de quien desea hablarte Brandon—dijo Andrea de Vigne a Jorge, en el momento que Brandon presentaba a la muchacha.

El ingeniero le encareció el interés que sentía por Juana. Y al despedirse, el empresario dijo a la joven:

—Tenga usted la amabilidad de ir mañana por la noche a verme al Gran Casino. Estamos ensa-

yando una revista del señor Perret y podremos tener el gusto de ver sus aptitudes.

De regreso, Juana expuso a su amigo los temores que sentía de fracasar ante el formidable empresario.

—No tenga usted miedo. Ya verá como usted sale adelante—le alentaba Brandon.

A la noche siguiente, Juana triunfaba en toda regla.

El empresario sentía vivos deseos de que la joven triunfase.

—A ver si sale airosa de la prueba—le decía al escritor—. Sería una gran adquisición, porque es muy linda.

—Adolece de algo de inexperiencia, pero no está mal—repuso el autor.

Y al terminar, Jorge se le acercó.

—Tanto al señor Perret como a mí nos parece su trabajo admirable. ¿Verdad, Pablo?

El escritor asintió.

La joven sonrió agradecida. Vefa el cielo abierto, y el término de las incertidumbres de su vida.

\* \* \*

Los días que sucedieron fueron de constante trabajo para Juana, a causa de los ensayos, pero considerábase dichosa al regresar a su casa, en la que solía aguardarla su leal amigo Pedro Brandon.

Sin embargo, esta última visita era de despedida, pues Brandon veíase obligado a salir precipitadamente, para África.

—Tengo que salir para el Sahara y quisiera que usted me dedicase este retrato suyo—dijo señalando una fotografía.



Y agregó:

—Cuando esté de regreso, le dedicaré uno mío. Juana mostróse enristecida por su marcha.

—¿Estará usted mucho tiempo en Africa?—Inquirió, apenada, mientras le entregaba la fotografía.

—No mucho. Desde luego, todo lo menos que pueda—declaró Pedro.

Y añadió, interesándose por sus trabajos:

—¿Cómo van los ensayos?

Muy bien. Gauthier se muestra muy amable conmigo.

Y luego, mortificada:

—¡Ya hay quien dice por entre bastidores, que está enamorado de mí!

Las últimas palabras de su amiga contrariaron ligeramente a Pedro.

Pero viendo la afable sonrisa de la joven, anegóse en su dulzura.

En la puerta, cuando ya se había despedido de Juana, encontróse de cara con Gauthier, que iba a ver a la joven.

Se saludaron.

La mirada de Gauthier y su actitud eran tan elocuentes que revelóse con evidente claridad a Pedro que el empresario abrigaba los mismos sentimientos que él acerca de la joven. ¿Los mismos?... Brandon sentía por Juana un amor puro y digno. Gauthier, hombre de dinero, ¿no vería en ella el pasatiempo, unas horas deliciosas, o acaso la amiga ideal capaz de elevarla a un tren de fasto como el que llevaba Andrea Vigne?

Todas estas reflexiones le lastimaron, mientras se alejaba. Hubo un instante que retrocedió; pero al punto, reflexionando que él era un caballero y

no podía dudar del honor de su amigo, siguió adelante con la tortura inevitable de sus recelos.

No se equivocaba Brandon. En el pecho de Gauthier había despertado la joven una pasión violenta. Y Jorge la amaba con esa integridad de los hombres enérgicos.

Hombre de acción, decidió confesarle a Juana su amor.



*La mirada de Gauthier y su actitud eran tan elocuentes, que revelóse con evidente claridad a Pedro, que el empresario abrigaba...*

Tampoco se equivocó Brandon en cuanto a la caballerosidad de Gauthier. Aunque éste creyó posible llegar hasta ella con el prestigio de su influencia y dinero.

—De acuerdo con el autor he decidido confiar



à usted el principal papel de la revista—le decía el empresario poco después a la joven.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Jamás olvidaré cuanto usted hace por mí!—repuso Juana reconocida.

Hubo una pausa.

Gauthier la miraba apasionado. Ella quedó un poco perpleja.

—¡Juana!... ¡Guardo un secreto que me abrasa los labios!... ¡No quería decírselo tan pronto, pero... ¡Estoy locamente enamorado de usted!—exclamó Gauthier con irreprimido impulso.

¿Qué deseaba Gauthier? ¿Era la eterna historia del empresario canalla que hace subir a las artistas quedándose con los jirones de su honradez?

Ella retrocedió unos pasos, con la sorpresa y el miedo en su mirada.

—¡Perdóneme — dijo de pronto, reportándose, Gauthier—este atrevimiento, señorita! ¡Es usted una mujer excepcional y yo me consideraría muy dichoso casándome con usted!

Y como ella, tranquilizada, tratara de hablar, la atajó:

—No es preciso que me conteste usted ahora. Piénselo y ya me dirá lo que decida.

Saludó correctamente y abandonó la habitación.

Gauthier, una vez tomada una resolución, la ponía en práctica, y así lo primero que pensó fué que las relaciones con su amiga Andrea ya no tenían objeto. Sin embargo, nada hay tan violento para un hombre digno como poner fin a unas relaciones, cuando "ella" no da motivo fundado. No obstante, Gauthier se encaminó a casa de Andrea Vigne dispuesto a terminar de una vez.

Andrea notó con su perspicacia de mujer inteligente, que desde que Jorge había trabado amistad

con la encantadora inglesita, ella lo había perdido. El, con cierto embarazo, tras largos rodeos, le dijo:

—¡Andrea!... ¡Cuando nos conocimos hicimos un pacto!... ¿Te acuerdas?...



—¡Perdóneme este atrevimiento, señorita! Es usted una mujer excepcional y yo...

—¡No sigas!—le interrumpió ella. ¡Ya sé lo que me quieres decir! Está bien; vete con ella. ¡Quedas en completa libertad!... ¡Pero ya verás como algún día vuelves a mí!



—¡No es fácil!... ¡Mira; quiero decirtelo todo!...  
¡Es que me voy a casar!

Se hizo una pausa.

Ella le tendió una mano, esforzándose por mostrarse tranquila. Habían llegado al recibimiento.

Andrea, desviando un poco la cabeza, afirmó:

—¡Pues, bien!... ¡Adiós para siempre!... Y recibe mi felicitación; quiero que sea la primera.

Gauthier se inclinó, besó la mano de Andrea y alejóse.

No medió ni una palabra más.

Andrea habíase abroquelado ante aquella ruptura en una como comprensiva frialdad muy de buen tono, aceptando el hecho como una fatalidad. Pero tras la máscara amable y correcta palpitaba toda la hiel del despecho.

\* \* \*

Corrían los días; se acercaba la fecha del estreno. Juana Taylor había sido proclamada, definitivamente, "estrella" de primera magnitud.

—Ha realizado usted—le decía en el teatro a Gauthier, llena de júbilo—el sueño más grande de mi vida, y estoy dispuesta a todo para demostrarle mi reconocimiento.

—¿A todo?—recalcó el empresario cogiéndole las manos—. ¿De verdad? ¿Se casaría usted conmigo si yo lograra conquistar su corazón, esperando para ello el tiempo que sea preciso?

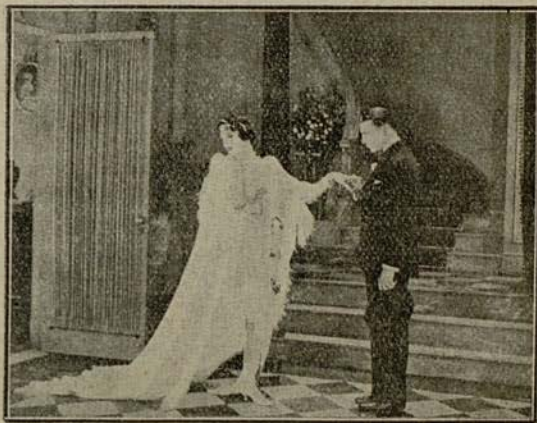
La joven le sonrió mientras afirmaba con la cabeza.

—¡Que sí! ¿Ha dicho usted que sí? Gracias, Juana. Ya verá usted como triunfo—le dijo el empresario, transportado de dicha.

Y llegó, por fin, la noche que había de ser la del triunfo o del fracaso para Juana Taylor.

La sala estaba atestada. Todo lo que en París bulle y significa en el mundo de la literatura, de las artes o de la elegancia, asistía a la representación.

Entre los espectadores de este acontecimiento artístico, se hallaban Andrea de Vigne y Enrique



—¡Pues bien! ¡Adiós para siempre! Y recibe mi felicitación.

Renault.

Pedro Brandon, que había regresado de Africa con un permiso especial, también asistía al estreno. Esa noche tenía para el ingeniero una importancia extraordinaria. ¡Como que traía la in-



tención de pedir a Juana que se casara con él, bien ajeno a cuanto sucedía!

Dió comienzo la representación.

En el primer acto, Juana conquistó el público y aseguró el éxito, que fué franco y ruidoso.

Jorge Gauthier había dispuesto, para después de la representación, una fiesta íntima, a fin de celebrar su triunfo y de presentar la artista a sus amigos como su prometida.

Juana experimentaba una dulce embriaguez. Los aplausos decididos del público resonaban como un eco, acariciándole los oídos. Y ahora allí, rodeada de Andrea Vigne, de Enrique Renault, de Perret, de todos los íntimos de Gauthier, le parecía que su dicha era muy grande y encogíase ligeramente asaltada por vagos temores.

Gauthier alzó la copa y dijo con visible entusiasmo:

—¡Brindo por la nueva "estrella", mi prometida, desde ahora, y pronto mi mujer!

Este brindis cayó como un rayo en el alma de Pedro Brandon, que en aquel preciso instante traspasó el umbral de la puerta con ánimo de felicitar a Juana y, tal vez, de exponerle su atrevido pensamiento.

Pedro volvióse sobre sus pasos, abatido. Contempló el ramo de flores que llevaba para ella y lo dejó caer.

Sólo para Andrea no pasó inadvertida la huida de Pedro. Recogió el ramo del suelo y acercándose de nuevo a la reunión, con cierta ironía le dijo a la joven:

—Tome ese ramo que su amigo Pedro Brandon traía para usted, indudablemente, y que ha abandonado en su huida al escuchar la noticia de su casamiento con Gauthier.

—¿Cómo; ¿Pedro aquí?

Y salió, precipitada, en su busca.

¿Qué fuerza movía a Juana Taylor a correr tras de su amigo? ¿La simpatía?... ¿El agradecimiento?... ¿Qué sentimientos de éstos será el que más se aproxime al amor?

—¿Pero, huye usted de mí?... ¿Por qué?—le dijo en tono de reproche, cuando le alcanzó en la puer-



—Tome ese ramo que su amigo Pedro Brandón traía para usted, indudablemente, y que ha abandonado en su huida...

ta de la calle.

—¡No; no quiero turbar su felicidad!... Esa felicidad que nunca llegará para mí.

—¡Vamos; no sea usted chiquillo!

Y, cogiéndole de un brazo, le arrastró a la fiesta. Pedro comprendía que no tenía derecho alguno,



a pesar de su cariño, a influir cerca de Juana para coartar su libertad de elección.

¿Por ventura era menos grande y hondo el amor de Gauthier?

Después de terminada la fiesta, Juana quedó instalada en un piso independiente de la propia y suntuosa casa de Gauthier.

—Estas son las habitaciones particulares de usted. Yo no me creeré con derecho a penetrar en ellas sin su permiso, hasta el día que haya logrado rendir su corazón.

Era un santuario regio, donde el enamorado encuadraba su amor.

Aquella noche Juana durmióse aturdida con el triunfo, acariciando las sedas y perfumes con que la rodeaba la opulencia del empresario.

A la mañana siguiente, recibió el prometido retrato de Brandon, pues éste regresaba de nuevo al Sahara, y lo colocó en el sitio preferente de la consola.

Gauthier, al entrar a saludarla, quedó un tanto confuso al ver la fotografía.

Ella se apresuró a declarar:

—Yo no había tenido nunca, hasta que le he conocido a usted, un amigo tan sincero y leal como lo es Pedro.

—También yo le quiero mucho. Es un excelente muchacho—repuso con sinceridad el millonario.

Poco después apareció Andrea, quien cultivaba la amistad de Juana y Jorge para vengarse de ellos mejor.

—Me voy a dar un paseo con Juana... ¡Claro que si "usted" no tiene inconveniente en ello!—declaró zumbona.

—¡Me parece muy bien! ¡Bueno es que se distraiga un poco!—observó Gauthier por su parte.

Salieron. Andrea aprovechó el momento de las intimididades para dar los primeros golpes a aquella felicidad no saboreada todavía.

—¿Tú crees, Juana, que no has hecho una mala acción dando palabra de matrimonio a Jorge?

—Jorge me quiere mucho y, además, por gratitud siquiera, no podría rechazarle de plano.

—Todo eso es verdad, pero también Pedro Brandon te quiere.

Y otra tarde, días después, en una nueva visita a Juana, repetía sus ataques encubiertos.

—Después de todo, haces bien, Juana. A los hombres no hay que tenerles compasión. ¿Qué importa que Pedro se muera de pena por tí, si tú eres dichosa?

—¿Qué dices, Andrea?—dijo Juana, sobrecogida y con la voz alterada.

No podía, no debía ser que su generoso amigo sufriese por ella. La idea de pasar por ingrata le arañó el corazón.

—Perdóname, Andrea, que no te atienda... ¡Quisiera estar sola!...

Marchóse Andrea, y Juana quedó víctima de atormentadores pensamientos y con la duda de que había cambiado su felicidad con Pedro, por los triunfos que le brindaba Jorge Gauthier.

Siguiendo el plan que se había trazado, Andrea de Vigne trataba también de amargarle la vida a Jorge hipócritamente, y solía frecuentarle en su despacho.

Y una tarde en que Gauthier hablaba a su amigo Perret del amor que sentía por Juana, se presentó ella y escudóse en una glacial indiferencia, ante los temores que el empresario experimentaba de que Juana estuviese enamorada de Brandon.

—¡No seas celoso!... ¡Juana puede que esté ena-



morada... del retrato; pero... ¡del hombre!... ¡Qué disparate!

—Tal vez tengas razón, pero lo que es innegable es que Juana ha hecho un altar de esa fotografía— repuso preocupado Gauthier.

—¡Pues si tienes celos del retrato, rómpelo, y en paz!

Gauthier rechazó la idea.



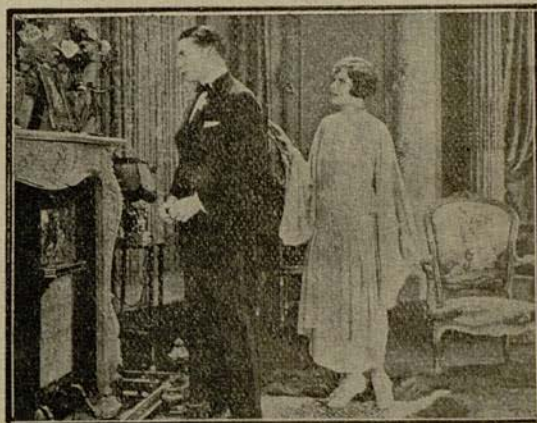
—Después de todo, haces bien, Juana. ¿Qué importa que Pedro se muera de pena por ti, si tú eres dichosa?

—¡Mira! — agregó ella pérfidamente—. Se me ocurre un medio de que sepas si Juana está o no enamorada de Brandon. Dile que ha muerto asesinado en el desierto.

—Eso sería una cruel indignidad.

Pero, no obstante su repulsa, la perversa proposición de Andrea fué ganando terreno en su ánimo.

Y en su cotidiana visita a Juana, contemplando el retrato que obstaculizaba el avance en el afecto de la joven, sediento de amor y agotada su paciencia, Gauthier decidió olvidarse también un poco del honor.



Y en su cotidiana visita a Juana, contemplando el retrato que obstaculizaba el avance en el afecto de la joven...

—He de darte una mala noticia. ¡Brandon ha muerto!

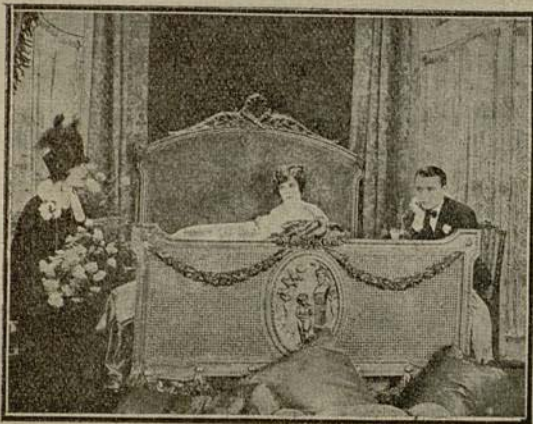
Juana experimentó una sensación de vacío. Desfalleció. Un entrecortado, convulso llanto, abatió su corazón. Enfermó.





Guardó cama unos días. Las penalidades sufridas en el curso de su vida, habían agotado un tanto su naturaleza, y con la noticia de la muerte de Pedro Brandon su salud se quebrantó seriamente.

Andrea, bajo la máscara de la amistad, apenas



*Las penalidades sufridas en el curso de su vida habían agotado un tanto su naturaleza.*

se separaba de la cabecera de su lecho.

Y una tarde en que velaban su reposo ella y Gauthier, éste, arrepentido del daño que le había causado, le dijo con indecible tristeza:

—¡Juana!... ¡Perdóname! ¡Te engañé! ¡Pedro no ha muerto!

—¿Por qué hiciste eso?—censuró con suavidad la joven.

—¡No sabes cuánto te quiero!—aclaró por toda disculpa Gauthier, cogiéndole una mano. Y poniendo en ella un beso, se alejó.

—Voy a telegrafiar a Brandon enterándole de tu enfermedad—observó Andrea, cuando Gauthier las dejó solas.

—¡No, no!... ¡No lo hagas!—rechazó con viveza Juana.

Pero Andrea, astuta, la desobedeció.

Entretanto, Brandon, allá en Africa, seguía confiando en que el tiempo y la distancia le curarían de su desengaño, y le harían olvidar a la que quería más que a su propia vida.

Al recibir el telegrama, contestó con otro inmediatamente.

*Dentro de cinco días llegaré a Paris.—Pedro.*

Juana había mejorado mucho, hasta el punto de que el día de la llegada de Pedro le decía a Gauthier:

—Me encuentro muy bien ya. Creo que dentro de poco podré volver al teatro.

Andrea, hábilmente, le había preparado a Pedro una entrevista secreta con Juana.

—Es mejor que os veáis—argüía tratando de convencer a la joven—. Ahora podrás convencerte de si lo que sientes por Pedro no es más que simpatía... sólo simpatía.

Y una vez que la decidió, dirigióse al despacho de Gauthier con el fin de acrecentar los celos del millonario.

Como siempre, a aquellas horas también se hallaba en el despacho Perret, el feliz colaborador del empresario.



Al saludarle, Andrea preguntó irónica a Gauthier:

—¿No ha visto "usted" todavía a Brandon?

—¿Qué quieres decir?

—¿Pero no te ha dicho Juana que está en París? ¡Si ella misma le telegrafió para que viniera!

—No sé ni una palabra de esto—replicó con entonación sorda Gauthier.

—Pues ella creo que ha ido a verle al Hotel Clarendon, donde se hospeda.

Visiblemente exasperado, Gauthier inquirió:

—¡Perret! ¿Sabes algo de lo que dice esta mujer?

—No sé nada—repuso el autor que no dejaba de escrutar el rostro de Andrea.

—Si quieres convencerte, telefona—propuso la despechada amiga.

Gauthier cogió el aparato, impulsado por la rabia y los celos.

—Oiga, ¿está el señor Brandon?

—Sí, señor: está en su habitación—contestó un empleado.

—¿Quiere usted tener la bondad de ponerme en comunicación con él?

De pronto, avergonzándose de su proceder, soltó el aparato y exclamó:

—¡Pues, bien, no!... ¡No haré eso que me aconseja! ¡No puedo creer que Juana sea ingrata hasta ese punto!

—¡Tienes razón, Jorge!... ¡Ahora empiezo yo a ver claro también! ¡Usted es la autora de toda esta farsa, para desunir a Jorge y a Juana—apostrofó Perret a Andrea.

Y añadió:

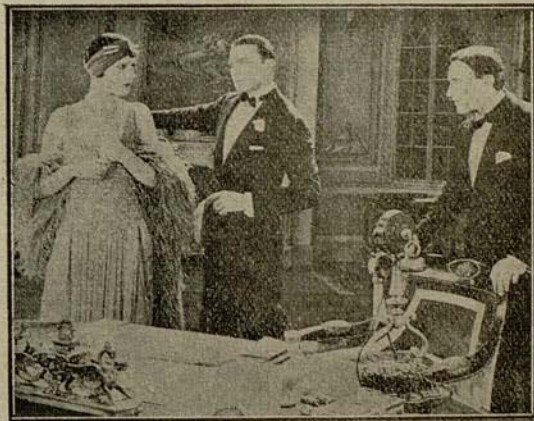
—¡Sí! Usted ha sido quien ha telegrafiado a Brandon para que venga y la que ha estado en-

veneando los pensamientos de Jorge y de Juana fingiéndoles amistad.

—¿Oyes, Jorge? ¿Verdad que eso no lo crees?—repuso Andrea.

Gauthier avanzó unos pasos hacia ella. Fulguraban sus ojos con exaltada indignación.

—¡Eres una víbora! ¡Vete de aquí! ¡Que no vuelva yo a verte jamás!



—¡Eres una víbora! ¡Vete de aquí! ¡Que no vuelva yo a verte jamás!

Y con paso firme se dirigió a la puerta, conmiéndole con el gesto a que saliese.

Ella, se encogió de hombros, y con una sonrisa desdeñosa avanzó tranquilamente hacia la puerta. Ya en el umbral, volvióse a Gauthier y, envolviéndole en una mirada de odio y desaffo, exclamó:



—¡Ahora es cuando te juro que me vengaré!

Mientras Gauthier debatíase furioso con la ponzoña que aquella mujer diestramente vertiera en su pecho, en el Hotel Carendon Pedro renunciaba a la mujer soñada.

—Jorge se lo merece todo—le decía a Juana—y has de pensar en su felicidad antes que en la tuya propia y en la mía. Debes permanecer a su lado y cumplirle tu promesa...

Al volver del teatro aquella noche con el corazón torturado por la duda y por los celos, resolvió Jorge despejar la situación.

Subió a las habitaciones de Juana.

—La señorita no ha venido aún—le dijo una doncella.

—Está bien; la esperaré.

A Gauthier le parecían horas los minutos que tardaba en presentarse Juana. Paseaba nervioso. El pensamiento le agitaba con un martilleo continuo: "Está allí con Brandon"...

Poco después, aparecía la joven. Gauthier, ante su figura suave y aniñada, experimentó una oleada de celos.

—¿De dónde viene usted a estas horas?

—De ver a nuestro amigo Pedro Brandon.

Gauthier, fuera de sí, en un impulso de cólera, lanzó el retrato al suelo.

Ella quedó perpleja.

Los celos de Gauthier tomaban un aspecto violento y brutal.

—¡Usted no tiene derecho a ir sola a ver a ningún amigo! Cuando yo la declaré mi amor y ofrecí aguardar hasta haber conquistado su corazón, ignoraba que ya pertenecía a otro hombre—exclamó con entonación sorda.

Juana sintió lo injusto del reproche, y salió en

defensa de Brandon, que pocas horas antes había renunciado a ella.

—Tampoco tiene usted derecho a decir lo que dice ni hacer lo que ha hecho con ese retrato.

—Recoja todo lo que sea suyo—interrumpió Gauthier, mirándola con profunda ira—; y ya puede marcharse con su amigo.

Ella trató de mirar en las pupilas de Gauthier algo que no fuese aquella ferocidad que despedían.

—¡Está bien! ¡Me voy!—repuso resuelta.

Y aquella noche, llamó a las puertas de la artera Andrea, que la acogió con reprimida alegría.

Gauthier creíase víctima de una pesadilla. Había despedido a Juana. ¿Pero era posible? Y la triste realidad le mostraba la sala abandonada. Entonces buscó un alivio en el alcohol.

Al día siguiente, Jorge, que no ocultaba nunca sus alegrías y tristezas a Pablo Perret, le contó lo sucedido.

—Has hecho mal en haber acusado y rechazado a Juana sin pruebas. Ve a buscarla y pídele perdón.

—No hay más que un sitio al cual haya podido ir a refugiarse anoche, cuando salió de aquí: la casa de Andrea.

—Pues vamos allá. Yo te acompaño—propuso el escritor.

En los labios de Andrea dibujóse una sonrisa de triunfo cuando su doncella le dijo que el señorito Jorge y el escritor la esperaban.

—¡Calla! ¡Tú por aquí! ¿No dijiste que no querías volver a verme más?—le dijo en tono zumbón por todo saludo.

—He venido porque sé que Juana está aquí—repuso con firmeza Gauthier.



—¡Mucho saber es eso!—replicó con jovialidad Andrea.

Y como tratase de proseguir con rodeos, Jorge la atajó:

—Déjate de ironías y llévame adonde se encuentre.

—¡Pues ya que lo quieres, sea!

Y entreabriendo levemente las puertas del salón, señaló a Jorge el respaldo de un sofá por el que asomaban dos cabezas, ajenas a lo que detrás de ellas ocurría, y se inclinaban suavemente la una hacia la otra. Eran Juana y Pedro.

—¿Ves, tonto? ¿Te convences ahora de quién estaba enamorada Juana?—le dijo.

Y con dulzura, ante el gesto dolorido de Jorge, agregó:

—Las mujeres nos equivocamos con mucha frecuencia en cuestiones de amor. ¡Y menos mal cuando podemos rectificar! ¡Así, Juana se casará con Pedro, y yo con nuestro común amigo Enrique Renault!

Jorge encubrió con una sonrisa amarga, resignada, el dolor que sentía, y al despedirse le expresó:

—Permíteme que antes de marcharme para siempre, sea yo el primero que te felicite.

Le besó la mano, hizo una leve y correcta inclinación de cabeza, y abandonó, seguido del escritor, la casa de Andrea, donde había recibido un golpe mortal el baluarte de sus ilusiones.

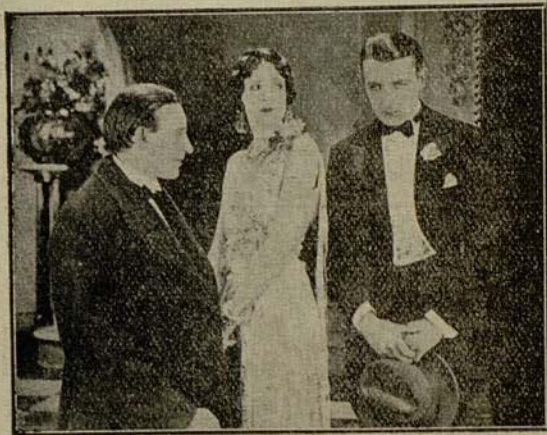
La tragedia de la vida es ver nuestros deseos truncados por el viento de la adversidad, pero no hay derrumbamiento espiritual por profundo que éste sea, que detenga el curso de la vida.

Jorge aceptó los hechos y restañábase poco a

poco la brecha abierta en su corazón. El tiempo se encargaría de curarle.

Una tarde, mientras departía con Perret, penetraron, dando gritos como un revuelo de pájaros, dos alocadas muchachas, amigas de placer de Jorge.

Una de ellas, creyendo alegrar el aun decaído ánimo de Jorge, le dijo:



—Las mujeres nos equivocamos con mucha frecuencia en cuestiones de amor...

—Te traigo una buena noticia: Juana y Pedro se casan mañana. Ya estás libre otra vez y a disposición de las empresas... amorosas.

—¿Tú crees, Fifi que esa es una buena noticia? ¡Pues reniego de la libertad que me proporciona!

—exclamó él con voz dolorida.



La muchacha, viendo la cara apenada de Jorge, inexplicable para ella, creyó que lo mejor era desaparecer.

—¡Vámonos, chica, aquí no hay porvenir! Gauthier no está de humor.

Y cuando la puerta se hubo cerrado, tras ellas, Gauthier le dijo sonriendo amargamente a Perret:

—Esta es la vida, Pablo; y éstas son las mujeres.

—¡No, las mujeres, no; algunas mujeres! Hay mujeres, muchas, que no se compran con todos los tesoros del mundo, como tampoco se compra el amor; el verdadero amor—rectificó su amigo Perret.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

PRÓXIMO NÚMERO:

La gran novela dramática

## ENTRE LAS NIEVES DE ALASKA

Creación de BÁRBARA LA MAR, PERCY MARMONT, LEW CODY, MAE BUSCH

Producción LOEW-METRO

Postal-fotografía-regalo

**Hobart Bosworth**

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.

E. YERDUEVER MONERA.—TARRASA